

EN TORNO A NEBRIJA Y EL V CENTENARIO DE SU ARTE DE LA LENGUA CASTELLANA (GRAMÁTICA) *

ESTEBAN HERNÁNDEZ VICENTE

La misión de dirigir a Vdes. unas palabras dedicadas al más célebre y universal de nuestros filólogos, que floreció a horcajadas entre los siglos xv y xvi, nos referimos, claro, a Antonio —o Elio Antonio— de Lebrija, el humanista de la más vasta producción, autor de la primera *Gramática de la Lengua Castellana*, me planteaba ciertas dudas sobre el método idóneo para elaborar una mediana exposición.

Era factible, en todo caso, seguir el procedimiento más habitual y expeditivo: aportar linealmente unos datos biográficos sobre Nebrija, forzosamente breves y laudatorios y, seguidamente, hablar del corpus de su obra, incidiendo finalmente en la *Gramática castellana*. En fin, nada nuevo ni en metodología ni en aportaciones.

Cabía elaborar un discurso panegírico, una vibrante apología del gramático y de su obra, porque sí, sin justificaciones para uno y para otra: sería un capítulo más de ese prurito triunfalista que parece resurgir.

Pero, no. Mi intento quiere aventurar otros derroteros. Quede al menos, si no lo consigo, como declaración de intenciones. Se trata de adoptar un enfoque radial en que cada uno de los apartados —vida, obra, proyectos, etc.— confluyan en ese gran objetivo que fue para Nebrija su *Gramática*. Sería como crear una organización discursiva en la que el filólogo Nebrija y su *Gramática Castellana* apareciesen respectivamente como centro o núcleo de una constelación constituida por las distintas facetas humanísticas de su personalidad y, simultáneamente, presentar el referido texto como el resultado de sus

* Conferencia pronunciada en la Institución "Fernán González" el día 16 de junio de 1992 para conmemorar el V Centenario de la "Gramática castellana", de Nebrija.

múltiples trabajos filológicos y lingüísticos diseminados en su magna obra.

No olvidaremos, por tanto, aspectos significativos como el hecho de que esa *Gramática* fue la primera de Europa dedicada a una lengua neolatina, aun cuando esta circunstancia, honrosa en principio, la condiciona, pues, y así lo señalaremos en su momento, la "técnica", gramatical ofrece extraordinarios avances en el s. xvi, al ritmo de la propia evolución lingüística...

Pero, sigamos el hilo. No podremos pasar sin resaltar la significación de Nebrija en el panorama intelectual europeo del momento que le tocó vivir, ni dejar de consignar el valor *sincrónico* de su gramática y lo que ella significa en el horizonte evolutivo o *diacrónico* de los estudios filológico-lingüísticos.

Vamos a considerar, por tanto, sus distintas obras como partes de un mismo empeño, de una misma inquietud: la sistematización y fijación del idioma castellano, objetivo intelectual de Nebrija plasmado en su *Arte de la Lengua castellana*. Y señalar al propio Elio Antonio como obsesionado en hacer de su vida una anhelante búsqueda de la expresión lingüística correcta y precisa, proyectando ese deseo a los demás y, en un sano fanatismo de visionario patriota —el momento contribuía a ello— universalizar ese anhelo hacia esos nuevos mundos entrevistados. Nebrija concentra sus esfuerzos en la consecución de un instrumento expresivo: el castellano, que le parece que ha llegado a la cumbre de la perfección y puede parangonarse sin desdoro con el latín clásico, es decir, escrito. Daremos cuenta de que Nebrija, carente como es lógico —dado el momento— de una perspectiva de que carecían, por otra parte, todos los filólogos de su tiempo, mezclase en sus estudios y consideraciones lengua hablada y escrita —viva y muerta— y que quisiese, desde arriba, con normas, regir el lenguaje de la calle; pero, esta cuestión ahora esbozada la trataremos más adelante.

Volviendo a nuestro discurso, trataremos de presentar ese proyecto nebrisense en el que su propia vida, personalidad, anhelos, logros y fracasos —que los hubo— se concilian con su designio de purificar el idioma y conferirle exactitud y dignidad. Hablaremos de su humanismo, inseparable también de su calidad humana y vivencias. No estará de más presentar algunas notas sobre la dimensión política de nuestro filólogo, extendiéndonos a sus eminentes dotes para la docencia. Y sobre lo ya dicho acerca de la transcendencia del *Arte de la Lengua Castellana* y sus aportaciones a la historia de la Lingüística y filología y fijación de conceptos y terminología gramatical, nos extenderemos a su significación como una manera de concebir la idea imperial.

I. UNAS IDEAS PREVIAS SOBRE LA CIENCIA GRAMATICAL

La gramática, genéricamente, como es sabido, y de acuerdo con su etimología, surgió en Grecia para estudiar la propia lengua y explicarla. Es, por consiguiente, una curiosidad científica el inicial impulso de los estudios gramaticales. Luego, un propósito docente.

Los griegos clásicos sometieron, pues, su propio idioma a un proceso de observación: lo objetivaron. Lo que sucede es que la gramática, por principio, hace objeto de su estudio a la lengua escrita y posteriormente pretende consagrar los usos escritos haciéndolos extensivos a la lengua hablada. Y ese es su pecado original. Nunca se ha hablado del mismo modo que se ha escrito. El conservadurismo de la lengua escrita y su propia condición garantizan su inmovilidad, frente a la existencia y devenir más dinámicos y cambiantes de la lengua hablada: de ahí que el mismo concepto de clasicismo se identifique con lo hecho, lo perfecto, pero también lo inmóvil, lo muerto.

Por otra parte, los primeros gramáticos fueron los propios filósofos. No debe extrañarnos tal intrusismo ya que en tiempos mucho más cercanos a nosotros, la baja Edad Media, parece que la gramática llegó a ser competencia —o incompetencia, según se mire— de los malos teólogos, como señala Kroll, interpretando que “el que no servía para la teología” por falta de luces, derivaba hacia la gramática, sin duda por no incurrir en herejía o tener como objetivo común con aquella el verbo, si bien sólo en su acepción gramatical.

Entre la Lógica y la Teología se ha venido debatiendo la Gramática y, por lo que respecta a la primera, todavía rinde servidumbre, aunque sólo terminológica; de la segunda queda el mentado verbo.

Los filósofos antiguos se plantearon problemas lingüísticos muy curiosos y trascendentales, con enfoques más o menos peregrinos, como: el de si la correspondencia entre palabras y objetos referidos está o no justificada, o es arbitraria y producto de un convenio entre hablantes. Hoy nadie duda de la convencionalidad del signo, pero Aristóteles ya lo había resuelto así hacía siglos.

Si los gramáticos griegos se dedicaron a su propia lengua, los latinos no fueron más allá en sus observaciones y se consagraron al latín aplicando al pie de la letra los principios de los griegos, imitándoles, y sin aprovechar la circunstancia para realizar algún tipo de estudio comparativo que hubiera resultado útil y, sobre todo, novedoso, al retrotraer a los primeros siglos de nuestra era un comparatismo que sólo aparecería como doctrina lingüística o método de estudio a finales del s. XIX.

En el proceder de helenos y latinos se aprecia una común petulancia, cualidad escasamente positiva y poco pertinente para la ciencia, que les hizo cerrarse en sus propios idiomas y prescindir de los que les rodeaban. Sin duda su expansionismo político les hizo concebir la idea de que su lengua respectiva sería, sin tardar, la única en el orbe conocido, por tanto, ¿a qué inquietarse?

Los gramáticos clásicos latinos, Quintiliano, Varrón, Donato..., fueron seguidos fielmente por los medievales, pero sólo en los primeros tiempos. Lo mismo pasó con el latín que, en cierto modo, se conservó intacto en los centros culturales. Este estado de cosas se alteró hacia la baja Edad Media al mezclarse el latín clásico con el llamado latín tardío, con el resultado de un híbrido monstruoso que llegó a utilizarse en textos dedicados nada menos que a la docencia, y en el habla común de universitarios en sus aulas. Esta situación se hizo común a las universidades españolas y extranjeras.

Ningún espíritu sensible y cultivado dejaría de alzarse contra ese caos. Nebrija menos que nadie, cuando con ilusión e ímpetu juvenil se presentara con sus catorce años como estudiante en la prestigiosa Universidad salmantina. Nebrija, en efecto, se sintió, primero incómodo, y luego llamado a esa titánica empresa de sacar de su agónico estado la lengua universitaria... luego sus objetivos se irían ampliando.

Hoy podrán ser discutibles sus procedimientos; el, para hoy, limitado, subjetivo, intelectualismo "vertical" que ostenta su método, pero no la grandeza de miras, ni su incansable trabajo, ni la clarividencia que lo animó; su genialidad y prestigio universal que hizo que, en opinión de Marcel Bataillon, su obra gramatical latina tuviese que ser adoptada en las universidades, no sólo españolas, sino extranjeras.

Ya es hora, pues, de que abordemos la personalidad de Nebrija y comprobemos que un hombre de tal fe en sus proyectos no podría haber actuado de otro modo. De tal hombre, tal obra.

II. NEBRIJA, EL HOMBRE

Fieles a nuestro plan, hemos de conciliar lo dicho con lo que vamos a añadir en torno a esa fusión de hombre y proyecto. En ocasiones se pierden los límites y llega a pensarse en la dificultad de discernir si la vida de Nebrija estuvo al servicio de la filología o ésta subordinada a aquélla.

La biografía de Elio Antonio es la historia de un confesado entusiasmo por la lengua, la filología, más bien; disciplina la más aproximado a lo que hoy llamamos lingüística.

Antonio Martínez de Cala, llamado Elio Antonio de Nebrija, fue un "metafórico romano" de la Nebrisa andaluza y soñadamente clásica de 1441 —año de su nacimiento— que, con la mirada retrospectiva, en siglos de antigua latinidad ideal, nos evoca a aquel gaditano imperial que se llamó Lucio Cornelio Balbo, amigo de César, tartamudo de pro, luego redimido en elocuente retor, que formó bajo la égida, entonces real, romana, una escuela de elocuencia latino-andaluza. Así sentimos, muchos siglos después de Balbo, menos de Nebrija, al propio Elio Antonio: clásico y "moderno", renacentista; castizo en su perfil de arqueológica moneda acuñada en las ilustradas

cortes renacentistas de una España casi en sazón y de una Italia de horizontes en ciernes.

También lo adivinamos —y se lo perdonamos, porque lo comprendemos— tan pagado de sí mismo que, con razón, se consideró dueño universal de la verdad en lo que era su ocupación, su desvelo y su propia vida: la lengua. Y con la vanidad suficiente, también venial, para “quitarse años”, cuatro, como parece comprobado, o añadirse a su nombre propio el pomposo cognomen de Elio, de imperial evocación clásica.

En la propia Lebrija, de niño, estudió simultáneamente gramática y lógica, circunstancia que sus biógrafos pasan por alto sin apreciar que la lógica, premonitoriamente, había de incidir, o más, decidir la índole de sus estudios e investigaciones gramaticales, condicionándolos, y limitándolos, para lo bueno y para lo malo: sobre ésto tendremos que insistir a lo largo de esta exposición.

Sigamos, por tanto, con este esbozo biográfico. Como cualquiera diría en la calle, en casa, refiriéndose a un conocido que “sale listo”, el muchacho Antonio “tenía condiciones”... A los catorce años está en Salamanca: más filosofía. Y también Matemáticas que no dejaron de marcar sus métodos gramaticales con la impronta del rigor y anhelos de precisión.

Estos cinco años salmantinos le afirmaron en la idea de que el marasmo universitario, antes que desconocimiento de las ciencias o humanidades, era imprecisión, cuando no imposibilidad expresiva por desconocimiento instrumental de la lengua latina, problema ligado —así lo entendió Nebrija, con el mejor criterio— al uso asistemático e ignorancia de la estructura de la lengua materna.

Sobre el latín de maestros y escolares ya sabemos la opinión de Nebrija. Consta que experimentaba una sensación de descontento e insatisfacción ante aquella jerga “degenerada y salvaje” que había sustituido en la universidad al noble latín clásico. Juró Elio Antonio no caer en tan descastado lenguaje y estudió castellano para mejor abordar el latín, y viceversa. Inauguraba así una suerte de método comparativo del que saca partido en su *Arte de la Lengua Castellana*.

Se propuso, primero como discípulo, mejorar su propio latín; y preferentemente, con vistas a su destino cierto: la docencia, dominar todos los resortes de la lengua clásica, único vehículo de transmisión de saberes.

Todavía tenía diecinueve años y ya Italia lo llama. Allá se dirige y permanece toda una década, estableciendo contacto —ya directo, ya ambiental— con las mejores mentes de aquel país. Las universidades de Pisa, Roma, Florencia, Padua y, sobre todo, Bolonia proporcionaron al joven Nebrija una preparación sólida en las disciplinas más dispares, en una actitud humanística de curiosidad universal, pero siempre con el espíritu puesto en el cultivo y perfecciona-

miento de las lenguas clásicas en las que, y sobre todo en latín, había llegado a ser conocido, admirado y consultado maestro.

Tras la aventura italiana siente la querencia de su tierra. Regresa a Sevilla a instancias del Arzobispo Fonseca para que se encargue de la formación de latinistas. Luego, otra vez, Salamanca. Aquí permanece, en lo que hoy llamaríamos diversas situaciones administrativas, enseñando latín, retórica y poética. Consolidado en la cátedra de prima de Gramática, experimentaría seguramente la satisfacción de formar alguna generación de ilustres alumnos.

También en Salamanca contrajo matrimonio y emparentó con la ilustre familia de los Solís. Pero no pudo permanecer en la ya ciudad de sus afectos; al parecer el ventajoso cargo de cronista real, que le fue ofrecido por la errabunda corte, le obligó a él también a un nomadismo forzado del que lo redime el Cardenal Cisneros cuando le encarga las secciones clásicas de la *Biblia Poliglota*.

Nuevamente vuelve a Sevilla este espíritu inquieto y, tras breve estancia, otra vez Salamanca, que lo atraía irresistiblemente, hasta tal punto, que opusió a la cátedra vacante de Gramática. Y él, el mejor filólogo del momento, inexplicablemente, ¿o tal vez no tanto?, no consiguió la plaza. No logró en efecto, alcanzar el número de votos de su oponente, un discípulo suyo, al parecer más popular entre los escolares. Nebrija acusó el golpe y, acaso su amargura por el fracaso o conciencia del orgullo herido, quedarían paliados o dulcificados con el dudoso honor de sentirse derrotado, aunque injustamente, por su antiguo discípulo, más popular pero menos sabio. Cisneros de nuevo acude protector y, en compensación, asigna a Nebrija el último y definitivo —por muchos años— destino: la cátedra de latín, castellano y materias afines, fundamentalmente retórica, en la recién fundada universidad alcalaína. Allí, convertido en un pozo del saber, casi venerado, llenó los últimos años de su vida enseñando sus saberes predilectos.

Fue larga su vida. Y fecunda: en familia, en enseñanzas, en obras, en diversificación de actividades; bien que con un sello único, el de la inquietud por todo lo que signifique perfeccionamiento humano y su más noble atributo, la palabra, el verbo, que siempre trascendentaliza lo que toca si se usa con propiedad. Esa fe en el verbo fue su concepto sublimado del humanismo.

III. SUS OBRAS

Luego está su obra, sus escritos, testimonio de esa inquietud universal de que hablábamos, fundida en obsesión por el instrumento lingüístico, la lengua, la palabra, el verbo. Pero hay tres obras básicas, verdadera clave para la comprensión de la doctrina y el talante de Nebrija. Estas son: Las "*Introducciones in latinam grammaticam*", el "*Arte de la Lengua castellana*" y el "*Diccionario latino-español*";

publicadas las tres entre 1481 y 1492, además de una traducción de la primera y un diccionario inverso, es decir, español-latino. Todas ellas obedecen a un plan unitario perfectamente meditado y trazado.

Las *Introducciones*, de 1481, luego traducidas, como acabamos de señalar, constituyen una suerte de gramática latina. Ese tratado fue muy popular y divulgado en toda Europa como libro de texto. En su versión castellana constituyó el fermento de la *Gramática*.

Luego publica Nebrija la mencionada *Gramática castellana o Arte*, como se la llamó habitualmente, aunque su autor prefiera la primera denominación, como reza en su portada, y que fecha en 1492, a 18 de agosto, en Salamanca. Esto ocurría unos meses después de la conquista de Granada y, como dice Lapesa, "cuando ya las naves estaban de viaje hacia su destino". Y podemos añadir, destino quimérico, de iluminados premiados por su fe, a sólo cincuenta y cinco días del fausto descubrimiento —¿encuentro?— de las tierras de ultramar.

Y Nebrija fue oportuno, proféticamente oportuno.

Vamos a dejar de momento toda referencia a la gramática, sólo para aludir de nuevo al *Diccionario latino-español* y el *español-latino* que por su complementariedad son, en realidad, la misma obra. Hemos separado estas tres obras —en rigor, cinco— del resto de la producción nebrisense por su índole preferentemente gramatical o, si se quiere, más lingüística que filológica. Por eso volveremos a ellas y, como es obvio, sobre todo a la *Gramática castellana*, eje de nuestra atención, del mismo modo que lo fue para su autor.

Todo el resto de la producción nebrisense toca la materia lingüística de forma inequívoca pero tal vez más sesgada, aunque siempre intencionada, por lo que su mención no será vana ni extemporánea. Por otra parte quedará más manifiesta la posición de curiosidad universal de un sabio que sin perder su horizonte explora en los más diversos campos. Y ese horizonte siempre es la lengua. No debemos dejar de citar, al menos, los temas o cuestiones que trató, ya que por necesidades de método y de tiempo, renunciemos a consignar títulos. Creemos que cualquier intento de parcializar la obra perjudicaría la visión de conjunto que pretendemos y restaría posibilidades de ahondar en la vertiente humanística de Nebrija, en su universal curiosidad por "todo" lo humano que, por serlo, no puede sustraerse a la atención del Hombre, con mayúscula, situado ya, antes de la total eclisión renacentista, en el centro del universo, y ávido de perfección, casi deificado. En efecto, nuestro humanista se interesa por el léxico del Derecho en una publicación, por supuesto en latín, y que tiene para nosotros el ingrediente afectivo de haber sido editada en Burgas, en 1499, en coincidencia cronológica con la más antigua edición conocida —también burgalesa— de esa obra de misteriosa génesis y problemática motivación que fue —que es— la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*.

¡Qué potencia creativa la de ese momento, qué riqueza de matices! ¡Cómo no iba a pensar Nebrija que la lengua había llegado a la

cumbre de su proceso evolutivo! ¡Si es perfectamente explicable que sufriese tal espejismo!

También burgalesa y de idéntica fecha es una relación que ofreció Nebrija de las *Antigüedades de España*, sobre tema arqueológico.

Y aún más. Extendió su producción a comentarios filológicos sobre la Biblia; tratados pedagógicos; de retórica; historia; exégesis de libros sagrados, con interpretación lingüístico-filológica de textos con problemas de comprensión. En fin, toda una selva.

Por lo expuesto cabe pensar en un Nebrija ubicuo, rico en matices, abierto a todas las vertientes del conocer y del interpretar. Es, en suma, el arquetipo del humanista. Pero lo más sorprendente hoy —no entonces, que con tanto afán se aspiraba al hombre total— es que cada uno de esos matices o facetas múltiples viene a confluír y confundirse en una interpretación del Universo —cosmovisión— a través o, también, a partir de la lengua, del idioma, síntesis de esa visión totalizadora. Es lo que más se asemeja a esos planes de aprendizaje o de enseñanza en los que se procura que todo el universo de las disciplinas concorra en un cultivo de la lengua materna. A esos planes se les llama, tal vez abusivamente, racionalistas. Derivan de una aplicación a ultranza de la lógica y de la obsesión por el modo de significar. Pero lo cierto es que encajaban muy bien en el proyecto humanista de Nebrija.

Amplíemos ahora una cuestión antes sólo esbozada. Nebrija sabe, y así lo manifiesta, que los problemas de comprensión —comunicación— y expresión o ajuste entre pensamiento y lengua (hoy diríamos entre significante, significado y referente) son los que impiden una justa aproximación al mundo y una integración de la persona en el universo que la rodea. Por ello busca con ansia hidrópica la precisión conceptual que equivale a la redención del hombre por la palabra exacta, justa, precisa. Así, ignorancia no es simple desconocimiento del mundo, sino imposibilidad o dificultad de plasmarlo en signos. Pensar es construir estructuras gramaticales: discurremos e interpretamos el cosmos en nuestra materna lengua. No existe la idea pura, exenta; se piensa, se razona en una lengua: la materna.

Pero la otra lengua, la de la ciencia, la de las humanidades, el latín, era, como la lengua materna, un vehículo que había que regular. Hacerlo válido para denotar, precisar, acercar conceptos. Así, lengua latina y lengua materna —o viceversa— confluyen con igual intensidad en el horizonte nebrisense.

Luego veremos, pero ya lo adelantamos, que la ciencia —¿arte?— gramatical que, efectivamente, y desde su perspectiva histórica dio un paso importante, imprescindible, con Nebrija, estaba muy lejos aún de algo tan simple —así nos parece ahora— como el descubrimiento de la génesis, esencia y mecanismos del signo lingüístico...

Todavía la historia de la ciencia del lenguaje tenía reservados, incluso en épocas muy cercanas a Nebrija, avances decisivos, plasmados en gramáticas que, siempre a partir del *Arte de la Lengua Cas-*

tellana, enlazarían con los descubrimientos posteriores. El más original de los gramáticos del XVI fue el Bronicense, cuyos conceptos gramaticales se tienen hoy en cuenta. Y él, a su vez, tuvo presente a Nebrija, aunque no fuera más que para contradecirle, sin pensar que sus adquisiciones y hallazgos partieron de la gramática nebrisense, mejor dicho, de las *Introducciones*.

Nos toca ahora abordar la faceta política de Nebrija.

IV. NEBRIJA, HUMANISTA Y POLÍTICO

Si de antemano concedemos que la visión política de Nebrija viene condicionada por una personal interpretación del papel de la Lengua en la expansión territorial, puede aceptarse tal apelativo para el gran filólogo. Lo político, como todo lo demás, queda engogado en un sentir humanista. Y Nebrija fue un humanista con una conciencia histórica clara perfectamente dirigida hacia un futuro que en sus tiempos ya comenzaba. Lo que admira es la clarividencia en un proyecto imperial calcado de aquel otro imperio romano que erigió, junto a una coherencia territorial de horizontes dilatados, una comunidad lingüística favorecedora de la unidad y del entendimiento. Si esta clarividencia es pura visión política, Nebrija fue político. Y él, maestro en etimologías, no hubiera tenido inconveniente en aceptar el apelativo. Es difícil reducir al espacio semántico actual cualquier vocablo. Menos el de político, tan cambiante, tan vapuleado y tergiversado por la historia..., y por los hombres. En Nebrija, político y humanista casi se superponen. La inquietud por el hombre y lo humano supone la regulación de la convivencia; la convivencia, la comprensión; y la comprensión, la comunidad lingüística. Si la palabra fallara en la aspiración imperial, Nebrija no excluye la conquista, seguida, desde luego, de la unificación del verbo. Así, imperio y lengua se funden en Nebrija; y ese imperio genérico, adivinado aún, cuyas luminarias ya brillan cercanas, no es otro que la patria.

Esa aspiración a que todo se aúne amalgamado por el logos, ese verbo que es el propio, era lo que más se parecía a un auténtico patriotismo, entonces aún no definido y hoy desvalorizado.

Con un criterio actual se podrían oponer reparos a este "compatriotismo" anexionista o expansionista o, tal vez, imperialista; pero el panorama divisado desde la cima de una patria en pujante formación y de un entrevisto imperio universal, que es lo que Nebrija vislumbra, justificaría entonces todos los entusiasmos o fantasías. Imperio y Lengua; Lengua e Imperio, tanto monta.

Y es el propio Elio Antonio en la dedicatoria de su *Arte de la Lengua* a la "muy esclarecida princesa Doña Isabella, tercera de este nombre, Reina y Señora natural de España" quien alza la voz evocando a toda estirpe de celebridades que crearon o alentaron imperios, desde el bíblico Salomón a los mitológicos Orfeo o Museo, sin sentir

demasiados escrúpulos en separar realidad de ficción, porque ésta —si sirve para entusiasmar o invitar a la participación— es válida.

Además, Nebrija incluye, como avalando su proyecto, a todos los clásicos griegos y latinos desde Homero a Cicerón, todos los que cantaron o agoraron plenitudes imperiales. Desemboca ese desfile de evocaciones en el "Rei don Alonso el Sabio" y su magna obra que en tanto contribuyó a la expansión de la lengua en el interior de España, esa España que fue un delicioso sueño alfonsino, como lo fue su aspiración al imperio germánico, estampa de la universalidad.

Nebrija, a través de su dilatada existencia, vio irse haciendo realidad su ideal imperial y, lo que es más, la proyección de esta idea hacia el universo de ultramar. Pues bien, esa trabajosa elaboración histórica era necesario que coincidiese con el elemento aglutinador definitivo y fijado que es la lengua, regulada por el Arte.

Cuando, a requerimiento de la Reina, decide Nebrija defender su propia obra enumerando los "provechos" de la misma, el obispo de Avila, presente en la entrevista, asumió la respuesta "arrebatañdola" al propio Elio Antonio, con palabra tal vez más elocuente que la que éste mismo hubiera empleado diciendo así: "después que vuestra alteza metiese debaxo de su iugo muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas: y con el convencimiento a que ellos ternian necesidad de recibir las leies quel vencedor pone al vencido y con ellas nuestra lengua, entonces por esta mi arte podrian venir en el conocimiento della como agora nosotros deprendemos el arte de la gramática latina para depreder el latín".

Como última referencia siempre el latín, la lengua del Lacio, que evoca el Imperio Romano. Y la gramática que fija simultáneamente lengua e imperio en toda su plenitud. Pero Nebrija sabe de la caída del Imperio Romano y la explica en parte por la existencia de ese otro latín, paralelo al clásico, que corrompió los resortes de la grandeza. Así, lengua e imperio no hubieran caído de persistir vivo el latín clásico.

Por lo que atañe a la idea sobre el origen y ulterior evolución del Imperio español, Nebrija calca el modelo imperial latino. De ahí su interés por una rápida y definitiva fijación idiomática que garantizase un imperio invulnerable. Nebrija estaba convencido de vivir el cénit imperial, y no podemos saber si asoció el estado de la lengua con ese momento histórico o al revés. Como quiera que sea, el caso es que creyó preciso fijar la lengua, establecer una norma que impidiese cualquier proceso corruptor del idioma ya que éste —según su criterio— había llegado a su cima. Congelándolo en este estado se garantizaría su perfección, su estado de gracia, parejo de la plenitud política que Nebrija, pleno de resolución, fe y optimismo creyó llegada. A partir de ahí, debió pensar, como se desprende de su palabras, que la lengua, dejada de la mano, sin control normativo, podría entrar en decadencia arrastrando en ella al propio imperio.

Hoy vemos que el inmortal gramático, que quiso curarse en salud, se equivocó a este respecto: no intuyó la floración literaria, y con ella el esplendor lingüístico renacentista y barroco que, de vivir Nebrija, le hubiera obligado a una revisión gramatical, histórica y política con tal cual rectificación sobre la idea imperial, porque, en ocasiones —afortunadamente— la lengua no es compañera del imperio: no sería justo.

De todos modos, la casi obsesión nebrisense de asociar plenitud lingüística e histórica posee elementos aprovechables, más como desidératum que como experiencia comprobada. ¿No es acaso cierto que el desarrollo de las artes, las letras y las ciencias depende de la precisión lingüística en su impartición y divulgación? Tampoco es desechable la idea de que la estabilización interior de un país y sus éxitos políticos —acaso expansivos— constituyen los supuestos previos para el cultivo del saber en un clima pacífico donde la lengua aglutine los esfuerzos permitiendo la investigación y el progreso.

Nebrija atribuye —y no podemos negarlo— las muchas mudanzas anteriores en la situación política de la Península a la falta de estabilidad en los gobiernos y a la inexistencia de una regulación lingüística por medio del Arte gramatical. Por eso no quiere que este estado de cosas perviva. Las taifas desembocan inexorablemente en un debilitamiento político y, por supuesto, lingüístico.

Por tal motivo puede afirmarse que Nebrija inaugura una época en la conciencia lingüística española que coincide por propia voluntad con la formación, casi culminación, del estado nacional. No extraña que la fe de Nebrija en el Imperio sea paralela a la fe en la pujanza de la lengua.

La alta valoración que Nebrija atribuye a la lengua materna en sus días nos parece rigurosamente acertada si la juzgamos fruto de una postura subjetiva. Con perspectiva actual —ahora que se habla de valoración sincrónica de las lenguas— para todo hablante de un idioma no hay época de mayor perfección en el desarrollo del mismo que el que le es dado vivir y, precisamente, en el momento en que lo utiliza. Nebrija, sin pensarlo, debió aplicar a su caso este principio universal y eterno. Para él, su lengua, en su época, estaba, quiso creer que objetivamente, en el momento cumbre de su desarrollo, pero involuntariamente aporta una gran carga de subjetivismo en tal convicción. Lo mismo pensarían los hablantes de épocas anteriores con respecto a las posibilidades de la lengua en su día. Y los que siguieron a Nebrija con relación a la suya. Ello no impidió que nuestro gran filólogo aplicase criterios de su propio momento vital para juzgar etapas precedentes del Castellano y prejuzgar los venideros. Eso se deduce del párrafo siguiente de la dedicatoria a que aludimos antes y que inserta en el *Arte de la Lengua*: "...lo cual (la *Gramática*) hezimos en el tiempo más oportuno que nunca fue hasta aquí por estar ya nuestra lengua tanto en la cumbre que más se puede temer el descendimiento della que esperar la subida". Huelgan más comentarios,

de momento. Hora es de dedicar unas palabras a Nebrija en su actividad docente, inseparable de la de filólogo y lingüista.

V. NEBRIJA, TRANSMISOR DE SABERES

La trayectoria vital de Nebrija dijérase puesta al servicio de la docencia, uno de los aspectos de su humanismo. Es Nebrija un caso de vocación "ab initio" o, lo que es lo mismo, la historia de una vocación. Nebrija parece ser inicialmente el discípulo que aprende para luego enseñar: no es el aprender un fin en sí mismo, sino un medio. Se apreciará así una doble vertiente discípulo-maestro. La primera, que comienza en el momento en que, aún niño, admira a sus mentores y aspira a, de momento, igualarlos; es la etapa de los consabidos mimetismos infantiles. Por ello procura pertrecharse adecuadamente y forjar desde el primer momento su formación. Este proceso formativo nacido con el temprano advenimiento de la plena conciencia y seguido del consiguiente autoanálisis le llevó ya en su precoz incorporación universitaria a tratar de superar lo que juzgó modestamente deficiencias de expresión —menores que las de su entorno universitario que ni siquiera estaba dispuesto a reconocerlas—.

Así se aprestó para, con autoridad, impartir en su día enseñanzas sin incurrir en los errores —errores por incuria— de sus maestros. Tal era la fuerza de esa llamada a la docencia. Y tales deberían ser sus frutos: la segunda vertiente, el paso de su etapa formativa o discente al ejercicio docente.

Dice Menéndez y Pelayo, a propósito de esta actitud tan decidida de Nebrija hacia el quehacer docente, que "nadie influyó —entiéndase enseñó— tanto como él en la cultura general, no sólo por su vasta ciencia, robusto entendimiento y poderosa virtud asimiladora, sino por su ardor propagandista, a cuyo servicio puso las indomables energías de su carácter arrojado, independiente y cáustico".

Antes, al hablar de Nebrija, el hombre, señalábamos cómo debió padecer física angustia al sentir en sí y en los demás esos ahogos expresivos, esas imprecisiones impropias de quienes, como ellos, maestros y discípulos, tenían obligación de cuidar la herramienta lingüística. Y aquí también quiso ser maestro de sus maestros y condiscípulos. Con la viva palabra y con publicaciones. En el recogimiento de las aulas y en el bullicio exterior. Y siempre exigiéndose y exigiendo exactitud. Pero no olvidó al pueblo, y proyectó su ambición docente más allá de la universidad. Y si el destinatario de las *Introducciones* fue el claustro universitario; el *Arte de la Lengua castellana*, ya lo sabemos, se dedicaba al común de las gentes, o, más restringidamente, a quienes tuviesen que adoctrinarlas.

El carácter de las *Introducciones*, ajeno a nuestro objetivo actual, nos excusa de insistir en sus virtudes pedagógicas, que las tuvo, de así su vigencia hasta el s. XIX. Pero no podemos sustraernos a señalar

en la *Gramática castellana* aquellas cualidades que la hicieron instrumento inexcusable para la enseñanza, a saber: la claridad, el orden y jerarquización de conceptos, la aplicación científica de las leyes analógicas, la múltiple ejemplificación, lógica expositiva y los recursos analíticos y sintéticos. No pueden darse estos caracteres sino en la obra de quien, como Nebrija, sabía, como suele decirse, lo que quería. Pero es que, además, sabedor de la diversa calidad formativa de los destinatarios de su obra más popular: entendidos y profanos, la claridad y el carácter casi ancillar de la misma no impidieron el rigor científico. De lo que resulta que, acaso, esa polivalencia de la *Gramática* sea el rasgo pedagógico más llamativo.

Se advertirá que hasta ahora se ha aludido a la *Gramática* nebricense, en orden fundamentalmente a sus cualidades. Pasemos a conocer someramente su estructura para poder así justificar elogios y fundamentar limitaciones.

VI. LA GRAMÁTICA

De los propósitos —destinatarios, dedicatoria y proyección histórica— de su publicación ya hemos hablado. De su génesis a partir de las *Introducciones* a la lengua latina, ya en castellano, también. Y no menos —acabamos de hacerlo— de sus cualidades pedagógicas.

Pero obra que tanto promete debe significar algo en el panorama general de la lingüística y filología y en el devenir histórico de las mismas.

Si tuviéramos ahora que exponer la evolución histórica de la lingüística hasta nuestros días, señalaríamos la *Gramática* de Nebrija como un hito importante, incluso necesario; pero su valoración "como conjunto" quedaría prisionera de su momento histórico.

Todos entendemos que un instrumento pretérito fuera útil, incluso necesario, en su día; pero hoy no lo será, probablemente, tanto. O, en el peor de los casos, figure, etiquetado, en cualquier gabinete arqueológico. Pero, no es este el caso, porque, ante todo, insistimos, la *Gramática de la L. Castellana* nebricense posee elementos positivos y enfoques hoy vigentes en visiones parcializadas.

Acaso posea lo que los estilistas llaman temporalidad o posibilidad de traspasar el tiempo que tienen las obras de arte con valores permanentes. ¿Será hoy el *Arte de la Lengua castellana* una obra "simplemente" literaria? Tal pregunta no comporta malevolencia sino reducción de aquello que en su día fue "útil y bello", a solamente bello, que no es poco.

Siguiendo con otras consideraciones, pensemos en primer lugar que hasta las denominaciones de este famosísimo libro, a saber, *Arte* y *Gramática*, han sido desplazadas por el de *Lingüística*; y no por capricho terminológico. Como se sabe, *Arte* enlaza con artificio, implica normas disciplinarias, regulación de una lengua a su versión escrita,

estática, clásica, inamovible, muerta. No es la primera vez, ni siquiera a lo largo de esta exposición, que lo clásico se identifica con lo estático, lo muerto. Es axioma artístico que lo clásico es la perfección; y lo perfecto es imperfectible: no avanza, ni retrocede, rechaza todo hallazgo, toda investigación: es el final de un proceso de inquisición o búsqueda. Y esto, lo acabado, es para Nebrija la lengua de su época; y así es su *Arte de la Lengua*.

Respecto del término "gramática", aun cuando hoy se transige con su uso en rigurosa equivalencia con el de la lingüística, hace referencia a la "gramma" griega, la letra y denota preferencia por la lengua escrita, al fin y al cabo la menos espontánea y viva, expresada en un código secundario de signos, la escritura. De todo ello resulta la aberración de que la lengua de los escritores, mejor dicho, de los escritos clásicos vendrá a ser el modelo ideal, imitable —e inmutable— para nuestra habla oral cotidiana.

A este respecto no se les podrá olvidar a muchos de los presentes la cantidad de "encontronazos" que tuvieron —tuvimos— con aquellos "Quijotes" de los años infantiles que fueron —en mezquinas ediciones perversamente actualizadas— el modelo para nuestra incipiente expresión escrita, o en el peor de los casos, oral. Mejor olvidarlo.

La lingüística actual no propone ideales que imitar, porque los ideales son "obra", "ergon", lo hecho; y la lengua es dinamismo, energía, "energueia". No imparte normas que regulen el uso de la lengua: no propone modos de hablar. Se erige en ciencia de observación.

Es uso habitual identificar la lingüística actual con las ciencias de la naturaleza, porque del mismo modo que éstas no emiten normas de comportamiento a los seres naturales objeto de su estudio, ni determinan su morfología, sino que los observan, los ordenan según leyes taxonómicas y, en última instancia las definen, así la Lingüística observa la viva realidad de la lengua —la hablada—, y luego clasifica, registra y emite juicios sobre lo observado. Estos juicios no son leyes o normas, sino conclusiones a posteriori.

El enunciado de tales principios puede servir de introducción o cierre con siete llaves, según se considere —a un muy breve, pero no menos atento estudio de la estructura u organización de la *Gramática* de Nebrija—, con algunas referencias provisionales a estados actuales de la cuestión.

Consta la tan citada obra de cuatro partes o libros, precedidos de una dedicatoria a la Reina Isabel, en seis páginas.

El primer libro es el dedicado a la Ortografía, que consta de veintiséis páginas, que Nebrija justifica por la necesidad de regular la utilización de los signos gráficos, o letras, y que define como "ciencia de bien y derechamente —correctamente— escribir". Como es obvio, la lingüística en nuestros días no da cabida a esta disciplina, por exceder los límites de la misma. La ortografía nebrisense afecta a una cierta mecánica del arte de escribir, necesaria, pero no concerniente a la lengua hablada ni a su ciencia.

El libro siguiente lo titula Prosodia, en veintidós páginas. La prosodia es para Nebrija tanto como acento o, "más verdaderamente casi canto". No es exactamente, como podría deducirse, arte o ciencia de la declamación. Nebrija va más allá. La prosodia regula la sílaba, su tonicidad, algún aspecto muy interesante y siempre actual como la pérdida de la cantidad silábica latina y su sustitución en castellano por el concepto de intensidad o alternancia de sílabas átonas y tónicas. Tiene el acierto, lógico de pura racionalidad, de enlazar aquí el estudio, digamos, estilístico con el puramente fónico —en esencia idénticos— porque en este mismo libro incluye sin solución de continuidad conceptos como verso, cuento silábico, sinalefa, rima, es decir, lo que hoy llamamos métrica, la misma que erróneamente fue relegada hasta hace bien poco a tediosos mamotretos de preceptiva.

El tercer libro, más extenso, con treinta y tres páginas, lo titula Etimología, mutatis mutandis, morfología, si bien Nebrija incide fundamentalmente en la significación de las clases de palabras. Su criterio es designativo porque es su denominación la que sirve a Nebrija para distinguir las palabras, antes que atender a caracteres formales o funcionales de las mismas. Para referirse a los vocablos, Nebrija habla de "partes de la oración", expresión calcada de las gramáticas latinas clásicas que, a pesar de su ambigüedad, se utiliza con alguna frecuencia en nuestros días.

El último libro está integrado por la Sintaxis, con 45 páginas. El más amplio de los cuatro. Intuye Nebrija que el fin último de toda gramática es la oración. Con riguroso respeto a la primitiva utilización del término, la Sintaxis regula el orden y trabazón de palabras en la oración y de oraciones entre sí. Incluye conceptos como "concordia o concierto"; "orden o jerarquía" de las palabras que, curiosamente se refiere a criterios extragramaticales basados en la categoría de lo designado; algo así como si explicásemos el orden alfabético de la secuencia "general/soldado" por el grado que ostentan...

Habla también del viejo concepto de regencia, aproximadamente como dependencia funcional.

Toda esta terminología sintáctica sigue las pautas de Varrón, Prisciano, Donato, Quintiliano, etc.

Tal es el contenido por partes de esta bellísima gramática. Completísimo inventario que, sin entrar en detalles, regula cuestiones que desbordan los límites de la lingüística, a pesar de su evidente importancia o necesidad. Tal circunstancia y el hecho ya comentado de responder a las exigencias lingüísticas de un momento histórico no invalidan la realidad hoy sentida de un Nebrija descubridor de horizontes en un lóbrego panorama de barbarie, así como la consideración unánime que lo sitúa como pionero —valga el término— porque tuvo que luchar y definir su territorio y ampliarlo frente a la rutina esterilizadora, la incompreensión o la ignorancia de quienes habían representado hasta entonces el saber más o menos oficial. Ya sabemos que pronto se hizo respetar y, con tal fuerza, que hubo de reco-

nocérsele como el renovador por antonomasia y el primer auténtico humanista.

Por otra parte, su *Arte de la Lengua*, prescindiendo ahora del resto de su producción gigantesca, aportó, primero una sistematización de los conocimientos lingüísticos hasta el momento; luego una divulgación de los mismos y, más tarde, fijación de algunos conceptos, eliminando hasta donde se podía —y poco se pudo— la tendencia nominalista y logicista, puesto que ya en las *Introducciones* define la gramática como “quasi scientia”, aunque, reconoce, literaria.

Habrà que esperar a las generaciones siguientes —y fundamentalmente a “El Brocense”— para que la gramática encuentre su propio camino y específica finalidad: la oración. En los pasos sucesivos hasta hoy se llegará a una identificación de la gramática, en acepción mucho más restringida, con la lingüística que, a su vez, reúne en un solo estudio formas —palabras—, y funciones —oraciones—. Como si dijésemos, Morfología y Sintaxis; relegando lo fónico y lo significativo a otras disciplinas paragramaticales.

Si ello es así, ¿queda algo de la huella nebrisenense? Sí, desde luego; el aliento o espíritu de Nebrija como inspirador de lingüistas y filólogos; y de su *Arte de la Lengua* como, al menos, pauta metodológica.

En la simbiosis obra-autor asombra la búsqueda obsesiva de la verdad y la aportación de ideas nuevas, hoy vivas que, antes diseminadas por la presente exposición, se me permitirá que recopile. Son las que siguen:

- * La independización del castellano frente al latín.
- * La histórica oportunidad de la *Gramática Castellana*.
- * El propósito divulgador, fruto del instinto pedagógico, sin traicionar los principios científicos.
- * La idea, en verdad original, de que cualquier lengua —no sólo las clásicas— podía ser reducida a un sistema científico de normas.
- * El hecho de que el *Arte de la Lengua Castellana* fuese la primera y la mejor gramática entre las que se elaboraron para las lenguas romances.
- * El afán de fijar la lengua, propósito que adoptaría después la Academia, con su no menos famoso lema.
- * El método de asociar los estudios del latín y castellano, adelantándose al descubrimiento de una fórmula comparatista que, luego, salvando las distancias, se utilizaría al ser descubierto el indoeuropeo.

Otras aportaciones en un plano más específico ponen de manifiesto la penetración de un espíritu genial aplicado incansablemente a lo que fue su primer objetivo: la filología. Véase, si no, la moderní-

sima fusión, preconizada hoy por la estilística, que Nebrija establece entre prosodia y métrica, sin crear entre ellas solución de continuidad; o la declaración del proceso de sustitución de la cantidad latina por el concepto de intensidad románica; o el descubrimiento de la sustitución de las formas sintéticas latinas por las románicas analíticas del futuro y del condicional castellanos, mucho antes de que Castelvetro lo hubiera señalado para el italiano...

Y, para terminar, permítaseme tomar unas palabras del eminente estudioso de Nebrija, Bonilla San Martín, que, con sincero asombro calificó el *Arte de la Lengua Castellana* como parte de un cuerpo de doctrina coherente, "el más colosal de todos los de su tiempo". No erró el ilustre erudito.

Además, por si fuera poco, la *Gramática* es una bellísima obra literaria. No hay crítico que no lo reconozca. En ella se muestra la elegancia oratoria del arte literario prerrenacentista, armonioso y hábil en toda su plenitud. Se diría que cierto aire ampuloso y retórico de que está dotada no sólo no disminuye su claridad, sino que la acrecienta. Nebrija predicaba con el ejemplo.

Y asiéndome a tal recomendación, termino, como él su *Arte*, con el clásico DEO GRATIAS.